



SEÑORES:

LA ciencia y la razon nos vedan mirar nada más allá de los confines de la vida, y sin embargo, ante ese cadáver hay algo que nos hace presentir la inmortalidad. El hombre ayudado con el poder de ese Dios que se llama la ciencia, logra ver al sol levantarse de entre su lecho de púrpura y de oro; le sigue en su zenit, le contempla en su ocaso; muriendo siempre entre fulgores y todavía despues, puede seguir al astro rey en su carrera por el infinito, en su marcha por los espacios cósmicos, cumpliendo las leyes á que la creacion parece estar sujeta.

De la misma manera podemos ver al sol que llaman genio levantarse de la nada, irradiar en su apogeo, y cuando le creemos ya próximo á hundirse en el ocaso, hay un instinto que nos le hace adivinar, siempre fulgente, siempre coronado de la diadema de soles, que es como signo de su inmenso poderío.

Nosotros vemos al hombre iluminado por la luz vivísima del genio, le vemos levantarse, le vemos brillar, y cuando la tumba con su mandíbula de granito le ha destrozado, cuando la muerte con su manto de tinieblas le ha envuelto, entónces todavía le seguimos en otra nueva vida, en esa vida casi eterna, que la inmortalidad y el renombre colocan sobre la frente de los que fueron de alguna manera bienhechores de la humanidad.

Estamos reunidos delante de los despojos de un hombre, cuya memoria tiene que vivir en nuestros mejores recuerdos; él cultivó la ciencia de la vida, y la ciencia de la muerte le acompaña detrás de su sepulcro.

No es este el momento en que vamos á darle eterna despedida, no venimos aquí á llorar, venimos á formarle una especie de juicio, que como el de los antiguos romanos, será el holocausto á su memoria; venimos á tejerle la más bella de las coronas que la ciencia coloca sobre sus hijos predilectos.

Ante el sepulcro del rey la multitud se inclina con respeto; ante el sepulcro del héroe, el pueblo canta sus hosannas; ante el sepulcro del sabio, el mundo se arrodilla con veneración.

Pasaron ya las épocas de las creencias soñadoras; en las religiones y en los mitos, los altares han sido derribados, los tronos han sido hechos pedazos, la tiara y el cetro van desapareciendo entre el cataclismo de las ideas nuevas; tan solo queda el saber, tan solo queda en pié la ciencia; su sólido es indestructible, ante él se humillan los que huyendo de la oscuridad van á la luz.

Pues bien: ahí, en ese ataúd reposa para siempre el que soñó en la ciencia; ahí está el sabio cuyo nombre es el orgullo de nuestra patria; ahí está el que á la cabecera del enfermo robó á la muerte mucho de su poder, á la naturaleza muchos de sus secretos, á la ignorancia mucho de su oscuridad; ahí está el maestro que conducía á la juventud á las conquistas del saber: hay algo que ilumina su féretro, es la luz vivísima del genio; inclinémonos, Señores, ante él, estamos delante de lo único que representa la grandeza humana en el siglo XIX, y si nuestra frente se baja con respeto, es porque glorificamos al hombre en lo único que tiene de venerable.

La ciencia de la vida fué su sueño; la muerte, pues, tiene que retroceder ante su memoria; pasarán los años, ese cuerpo entrará en las combinaciones de los átomos, para formar nuevos compuestos en la materia; quizá ese cráneo en que pensó Jimenez, servirá de alimento á la sávia de una flor; quizá esos huesos por cuya médula circuló la electricidad del talento, vayan á formar parte de un mármol; no importa, hay algo impalpable, pero evidente, que existe en torno de esos despojos; hay algo como el éter, como la brisa de la inmortalidad, que se cierne sobre un nombre que pertenece ya á la historia de esos campeones, que dia por dia lucharon por alcanzar, no los laureles de César, no los trofeos de Alejandro, sino la corona que al través de los siglos, ciñe todavía la estatua de los Newton, de los Humboldt, de los Franklin, de los Vessall.

Nuestro siglo tan solo levanta su epopeya al genio; todavía en los tiempos en que las ciencias se encerraban tras de los muros de los claustros, como ocultándose á las miradas del mundo; todavía entónces los que como Jimenez morian sobre los libros, pasaban desapercibidos, sin dejar la huella luminosa, la estela que arroja tras de sí el sabio. Hoy el mundo camina de otra manera, hoy estos hombres son declarados los beneméritos de las sociedades, su nombre es el patrimonio de un pueblo, su fama es el orgullo de una nación, su tumba es el monumento en

que mira la posteridad el camino de los grandes hechos. Hoy estos hombres son alzados sobre el pavés de la veneracion universal; y cuando mueren, cuando pagan á la naturaleza su tributo, cuando concluyen esta peregrinacion, que no sabemos si es aurora ú ocaso, luz ó sombra, ensueño ó realidad; entónces la sociedad en su representacion más estimable, se reúne en torno de sus despojos y cubre su sepulcro con las hojas del santo laurel de la inmortalidad.

Glorifiquemos á nuestro siglo que es grande aún en estas ceremonias.

Ya lo habeis escuchado, Señores, ya lo habeis oído. Los rasgos prominentes de la vida de Jimenez han sido delineados por la mano maestra de sus compañeros en el estudio; ya ellos nos hicieron recordar todo lo que la ciencia debió á aquel hombre venerable; ya los que se encargarán de sucederle en su augusta mision, se han encargado tambien de presentárnosle tal cual fué, han tomado su memoria, por decirlo así, la han incrustado en un necrópolo muy más grande que las pirámides de Egipto, le han llevado á los libros de la ciencia, y allí vivirá mientras el arte de Esculapio adelante en medio al desenvolvimiento del ingenio humano.

La sociedad entera viene á rodear este ataúd, viene á decirle *adios* á estos despojos: yo, Señores, á nombre de la Asociacion Farmacéutica, coloco tambien mi corona de laurel sobre el túmulo del sabio, é interpretando los sentimientos de mis compañeros, le digo: «Duerme en paz,» has cumplido tu mision sobre la tierra de un modo hermoso y envidiable. Ya estás en eso que llamamos la mansion de las sombras: queda tu ejemplo para los que quieran descender á la tumba coronados de flores é iluminados con su recuerdo, hasta las profundidades de ese insondable caos. . . . ¡Duerme en paz!

Nosotros no podemos seguirte sino con ese suspiro del alma, que se llama recuerdo. Si algo hubiera en tí, que te hiciese aun sentir cómo palpitan nuestros corazones, al despedirnos en la puerta del sepulcro, nos enviarías esa sonrisa con que el amigo se despide del amigo, con que el hermano invita al hermano á esperarle en un lugar citado.

¡Adios, sabio venerable! ya las sombras cobijan tu cadáver, ya los que te admiraron en el mundo apenas te distinguen; ya vas muy léjos ¡¡Ay!! ya desapareciste, ya no puedes escuchar nuestras palabras, y sin embargo, nosotros como aquel que se aleja en medio del Océano, extendemos aun la mano para saludarte, y con la voz ahogada en la garganta aun te decimos. . . . Adios. . . . Adios. . . .

FRANCISCO PATIÑO.